

«EL FRACASO EN MARAVILLARSE. EL ENCUENTRO DE ATAHUALPA CON LA PALABRA»

Además de ser una invasión militar y política, la Conquista española del Nuevo Mundo, también imponía una conquista del lenguaje y una conquista por el lenguaje. Cerca de un cuarto de billón de población de habla hispana debe su lenguaje a la Conquista de cientos, o tal vez miles de lenguas indígenas. A lo largo de la conquista, el lenguaje devino en un instrumento de dominación, un modo de forzar a los hablantes de lenguas indígenas para moldear sus mentes, expresiones y pensamientos hacia las fórmulas, frases rituales, e inflexiones de la cultura castellana del siglo dieciséis. Si bien el campo del lenguaje era frecuentemente cuestionado, como testifican varias de las narrativas de resistencia y de adaptación, el lenguaje, la gramática y la cultura dominantes de América Hispana fueron castellanas. Para citar solo un ejemplo de esta conquista lingüística, una forma del verbo «comprender», en quechua hamuttani, implica un universo de comprensión y apropiación predominantemente oral; la función de tomar del discurso aquello que sucederá y aquello que no, de distinguir la información que puede volver a ser usada. Pero traducir este verbo al español entender, es silenciar las inflexiones quechua significantes de hacer memoria (para su uso futuro) y examinar a través del habla a fin de dirigir mejor el futuro. La dominación por el lenguaje, impone así un tipo de silencio en los dominados, quienes son forzados a llevar la carga de la incomunicación y de lo fundamentalmente incomunicable.

El despliegue del lenguaje como instrumento de poder y dominación

en la Conquista, no estuvo limitado al silenciamiento impuesto por la problemática equivalencia del lenguaje con el castellano del siglo XVI. Una particular colección de sonidos designados como lenguaje, que se hicieron conocer como el Requerimiento, se transformaron en una parte esencial de la Conquista y formaron la base para la afirmación de la soberanía española sobre Atahualpa en Cajamarca.

A petición del rey Fernando, el jurista castellano Juan López Palacios Rubios creó en 1513 una fórmula escrita que podría ser utilizada para justificar la conquista de cada tribu o imperio del Nuevo Mundo, basada en la posesión de creencias religiosas cristianas. El texto hacía saber los derechos de dominación de los monarcas españoles sobre la gente del Nuevo Mundo y se suponía que debía ser leído antes que los españoles se precipitaran a atacar. De este modo, el lenguaje del Requerimiento no estaba separado de la Conquista sino que formaba parte del ritual de su realización, en este caso acciones de matanza y asesinato. Lewis Hanke ha descrito de manera elocuente la variada realización del Requerimiento: «era leído a los árboles y a cabañas vacías... Los capitanes murmuraban sus frases teológicas dentro de sus barbas en los límites de los asentamientos indígenas, o incluso una legua antes de comenzar su ataque formal. Los capitanes de los barcos algunas veces leían el documento desde la cubierta a medida que se acercaban a una isla, y por la noche enviaban expediciones esclavizadoras, cuyos jefes podrían emitir el tradicional grito de guerra castellano «Santiago»

más que leer el Requerimiento antes del ataque.

El imperialismo textual [...] es fundamentalmente cultural: la creencia en la superioridad de la escritura sobre la palabra hablada, y de la religión cristiana sobre las creencias inka. Asociado a aquellas convicciones de la superioridad española y sus manifestaciones simbólicas estaba una necesidad profundamente arraigada de creer en su transparencia para otras culturas (inferiores) como símbolos de autoridad cultural, expectativa así intensamente frustrada por el fracaso de Atahualpa en maravillarse.

La esperanza general de los escritores europeos de que los pueblos analfabetos serían sometidos al enfrentarse con la escritura, surgió más probablemente de la propia experiencia europea. Contrariamente a la visión de Sepúlveda o aun Levi-Strauss, la posesión de alfabetización no distingue civilizados de bárbaros (o «primitivos» modernos) pero sí diferenció a las élites gobernantes europeas de sus campesinos analfabetos. La fascinación fue la respuesta que las élites europeas letradas esperaban de los pueblos analfabetos, bien al corriente de la creencia en la maravillosa supremacía de la escritura alfabética. Su transformación en manifestación simbólica de la hegemonía de las clases dominantes europeas, creó la expectativa de que «maravillarse» era la respuesta apropiada de aquellos socialmente inferiores. Entre estos, los nativos americanos, eran en el siglo XVI, simplemente los últimos.

(Seed, 1991)